

PRESENTACIÓN

El cine y la filosofía: dos almas gemelas

La filosofía siempre ha sido un problema para sí misma, si bien se tiene la noción general de que hacer filosofía es una forma de pensar, que pretende comprender (bajo razones) las causas de la realidad. Cada pensador que ha tomado en sus manos la tarea del filosofar no parece tener tan claro en qué consiste su noble tarea. Y, sin embargo, la filosofía es una tarea ineludible porque nace del deseo inherente de la condición humana de comprender el sentido del mundo, de sí mismo y de los otros, como las eternas preguntas del ¿por qué? que aparecen desde la niñez.

La filosofía remite siempre a ese deseo que nace de encontrarse ante la conciencia de que la existencia es paradójica. Porque al mismo tiempo que sabemos que somos, sabemos que dejamos de ser, sin tener clara la causa ni el destino por hacer. ¿Cómo comprender el sentido de la realidad si ésta es al mismo tiempo continuidad y aniquilación? Esta paradoja, que ya formulaban los grandes pensadores griegos (como Heráclito), y que se encuentra en el corazón de las culturas y de las religiones, ha sido la pasión constante que motiva el pensamiento en forma de filosofía. Esto lo había planteado Sócrates como un salir a la búsqueda de un sentido que se intuye, pero que no sabemos qué es. En el fondo, la filosofía expresa el deseo humano de una intimidad con la existencia, pero que en el camino puede desesperar, ya sea renunciando a ese deseo o anestesiando el deseo con algún sistema de razones que le hagan creer que no hay tal paradoja. Dicho en otras palabras, la gran pasión del deseo de filosofar es comprenderse en la condición temporal de lo que ocurre, que cuando es pensado, dicho o formulado, necesariamente se desprende de su devenir, y la existencia se nos escapa como el agua entre las manos. Y es así como la filosofía va bordeando sus formas, sus métodos, sus límites, sus alcances. Y es ahí donde se da cuenta de que ella misma es devenir, pero que siempre

vive con la tentación de creer que se ha detenido en una fórmula fácil o un objeto bien definido. Por eso, como ha dicho Gilles Deleuze, la filosofía es un pensar en resistencia frente a su propia tentación de claudicar. Su enemigo es ella misma cuando se olvida de la fuerza del tiempo.

Ante este esfuerzo milenario del filosofar es que irrumpe el arte cinematográfico para recordarle a la filosofía la fuerza del tiempo. Primero, como el crisol de la tecnología y el deseo de entretenerse atrapando y reproduciendo precisamente la condición temporal de la realidad, y por la cual sus imágenes se experimentan como la vida misma que imprime el devenir de las cosas. Y luego, gracias a los grandes creadores del cine como Georges Méliès, en una fábrica de sueños lúcidos. Como decía Tarkovski, en el momento en que se proyectó *La llegada del tren a la estación Ciotat* (1896) se inauguró un nuevo principio de comprensión de la realidad, porque se podía contemplar por primera vez la simultaneidad del devenir temporal no subordinado a la naturaleza de los objetos o a las condiciones de la conciencia, sino en sí mismo. Parecería que el cine se hizo entonces para la filosofía, como ha dicho Stanley Cavell, porque lograba captar ese misterio paradójico de la existencia que constituye el deseo de filosofar, y por lo tanto hace re-pensar a la filosofía cuál es su propia tarea. Como un alma gemela, un doble o un espejo que estaba enterrado, el cine aparece como el deseo mismo de la filosofía de comprender el tiempo como el devenir de la realidad.

Y esto lo han visto con claridad pensadores y cineastas, filósofos y artistas. Pero ha llevado tiempo poder comprender cómo el cine no se reduce a ser un medio, un instrumento o un lenguaje para la filosofía, sino que el cine es la misma filosofía llevada a una potencia infinita que aún estamos tratando de comprender. Es su alma gemela, pues como ha dicho Gilles Deleuze, le recupera a la filosofía el sentido del tiempo que había perdido en sus múltiples fracasos. Por ello, cuando le preguntaron a Deleuze en los años 80 cómo había pasado de la filosofía al cine, Deleuze contestaba que en realidad no se pasa de una a otro, sino que el cine es filosofía en la medida en que capta lo que la filosofía siempre ha buscado, el verdadero movimiento, la libertad radical de existir. Del mismo modo, el gran teórico del cine André Bazin, que buscaba un modo de recuperar el sentido de la persona humana y su dignidad, se dio cuenta de que el cine captaba eso que constituye realmente a la persona, su propio devenir singular y único. Ha llevado tiempo deconstruir el gran prejuicio de que el cine, por ser tecnología, industria y generación de imágenes, no tendría nada que ver

con la noble y elevada tarea de comprender el sentido de la existencia al que la filosofía pretende llegar. Lo cual no quiere decir que todo filme sea filosofía, sino que el potencial del arte cinematográfico contiene ese deseo de la filosofía con una forma que hace falta descubrir y generar. Pensadores como Cavell y Deleuze o cineastas como Tarkovski o Malick se han esforzado en lo que en el idioma inglés se ha llamado *film-philosophy* y no filosofía del cine o filosofía a través del cine.

Pero el cine y la filosofía son almas gemelas que siempre se encuentran abiertas en su propio desempeño para generar su sentido. Así, hay múltiples maneras en las que esto se puede realizar, lo cual es un generador de esperanzas y un antídoto contra los modernos nihilismos disfrazados de identidades. Si el cine tiene este potencial y hoy en día es el arte más inmediato a la disposición de cada individuo, se encuentra ante nosotros un horizonte muy prometedor de comprensión e investigación, al grado de que es casi un compromiso moral, como el mismo Tarkovski decía. Para él, el cine no es una profesión, sino un compromiso moral con la verdad.

Este dossier ha tenido el objetivo de convocar a diversas voces que comparten el deseo de filosofar cinemáticamente. Creemos que es una labor que no se reduce ni tiene por qué estar en guerra con el entretenimiento, sino que en el cine podemos encontrar y recuperar o recomenzar nuestros vínculos con el mundo y creer de nuevo en que la vida tiene sentido. Como decía Tarkovski, vamos al cine para recuperar el tiempo perdido, fugado o no vivido aún. Lo que nos da la posibilidad, como decía Deleuze, de creer de nuevo en el mundo.

Las diversas voces en este dossier siguen este deseo, ya sea de la mano de algunos filósofos en relación con el cine o por la comprensión de algún filme o de algún director particular desde un marco de pensamiento específico, o a la inversa, siguiendo las formas de las imágenes de ciertos filmes para comprender el sentido filosófico que se denota en ellas. Son todos ellos valiosos aportes a la tarea del filosofar cinemático, que no se reduce a la aplicación de la filosofía al cine o a la instrumentalización del cine por la filosofía. Por ello queremos agradecer a cada uno y a todos los colaboradores sus valiosos aportes. Al profesor emérito y uno de los referentes de la filosofía cinemática David Norman Rodowick por habernos cedido el permiso de publicar su artículo, y que nos muestra el tema de la ética en la filosofía cinemática, encontrando esta comunidad de pensamiento entre Stanley Cavell, Gilles Deleuze y Emmanuel Levinas. Al Dr. José Alfredo Peris Cancino, al Dr. Ginés Marco y al Dr. José San

Martin Esplugues, que llevan adelante desde hace tiempo el proyecto del personalismo fílmico en la Universidad Católica de Valencia, pioneros y referentes del tema. A cada uno de los profundos y originales textos que presentan diversos temas filosóficos cinemáticamente pensados: la filosofía de la técnica en el cuerpo en el cine chino de Carlos Fernando Alvarado Duque; las críticas al capitalismo en la filmografía de Chaplin por Carlos Oliva Mendoza, así como el trabajo de Sergio Aguilar sobre la verdad y lo falso en relación con la muerte en los falsos documentales; el muy interesante ensayo sobre la ceguera de María José Rossi y Marcela Croce, así como el ensayo de Diego Lizarazo sobre la ontología del amor en el sorprendente y sensual filme *In the Mood for Love* (2000), y finalmente el texto de Rafael García Pavón, donde se teoriza para estudiar el cine como devenir trascendente en las relaciones entre Kierkegaard y Deleuze.

Un especial agradecimiento al co-editor de este número, el Dr. Lauro Zavala, que con su generosidad y humildad ha hecho posible convocar a varias de las voces en este número, y sobre todo por entregarnos al final del dossier una referencia bibliográfica de 40 libros sobre el tema de cine y filosofía publicados en los últimos 10 años, así como 40 filmes sobre filósofos, lo cual se vuelve una valiosa referencia para las investigaciones sobre el mismo.

Finalmente, queremos agradecer a la Revista ALLYU-SIAF (Revista de la Sociedad Iberoamericana de Antropología Filosófica), en especial a su director Josep Sanmartín y a su director emérito Jacinto Choza, por la confianza, el apoyo y la paciencia para el desarrollo de este volumen. Esperamos que éste sea un puente para el desarrollo y la promoción del filosofar cinemático.

Rafael García Pavón,
Lauro Zavala,
México, Julio del 2022.